



RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Mtra. Julia Santibáñez Escobar
Dra. María Soledad Funes Argüello
Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez
Mtra. Socorro Venegas
Dr. Miguel Armando López Leyva

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre
Magali Arriola
Nadia Baram
Roger Bartra
Jorge Comensal
Abraham Cruzvillegas
José Luis Díaz
Julieta Fierro
Luzelena Gutiérrez de Velasco
Hernán Lara Zavala
Regina Lira
Pura López Colomé
Frida López Rodríguez
Malena Mijares
Carlos Mondragón
Emiliano Monge
Paola Morán
Mariana Ozuna
Herminia Pasantes
Vicente Quirarte
Jesús Ramírez-Bermúdez

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani
Martín Caparrós
Alejandra Costamagna
Philippe Descola
David Dumoulin
Santiago Gamboa
Jorge Herralde
Fernando Iwasaki
Edmundo Paz Soldán
Juliette Ponce
Philippe Roger
Iván Thays
Eloy Urroz
Enrique Vila-Matas

DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

COORDINADOR EDITORIAL

Pablo Duarte

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Mariana Delgado

JEFA DE REDACCIÓN

Sandra Barba

CUIDADO EDITORIAL

Claudina Domingo

EDITOR DE ARTE

Papús von Saenger

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Abril Peña

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Andrés Villalobos

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

FOTOGRAFÍA

Javier Narvárez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: BASILE MORIN, AMBIGRAM FUTURE TESSELLATION, 2021 ©

Consulta nuestro Aviso de privacidad en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la Revista de la Universidad de México recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. Revista de la Universidad de México es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.



JÓVENES EN LA REVISTA

ÍNDICE

- 5 PRESENTACIÓN**
- 6 SCHIAPARELLI**
Aarón Farid Negrete González
- 7 REINOTA**
Adrián Noguez
- 8 BULLICIO CALLEJERO**
Alejandro Gutiérrez Bacaricia
- 11 UN SUSTO Y TRES PINCHAZOS**
Angélica Saucedo Badillo
- 16 CIBERSEXO**
Attis
- 17 FRENTE AL YENISÍ**
Clara González Navarrete
- 20 TE AGRADEZCO, VIEJO AMIGO**
Daniel Martínez del Campo
- 21 ¿QUIÉN ERA ESE TAL JANY?**
Diego Mapache
- 22 POLIRRÍTMICOS Y ARRÍTMICOS**
Diego Regalado Martínez
- 25 PATRIA YA NO**
Dorali Abarca Gutiérrez
- 26 YA NO ESCUCHO LAS CANCIONES EN EL FIL**
Hiram Islas
- 27 VISITA GUIADA POR EL MUSEO PERSONAL DEL DOLOR**
Iván Ramírez López
- 29 DESDE EL FUTURO AZUL**
Oskar V. Ramírez
- 30 UNA HORA DE COMIDA**
Pablo Rodríguez

**34 EL TRIUNFO DEL CIG Y
LOS PUEBLOS INDÍGENAS**

Rodolfo Munguía

**35 DENTRO DE MÍ
ARDEN VARIOS FUEGOS**

Sandra Dolores Gómez-Amador

**36 ENMICELIADOS:
NOTAS SOBRE HONGOS**

Sofía Beltrán Hoyos

**37 ALLÁ EN IZTAPALAPA
CAYÓ UN CHORRITO**

Yutzin Gómez

38 HACER LLOVER

Yuyultzin Pérez Apango

41 MANOS DE ELEFANTE

Zaidee Morlán

42 NUESTROS AUTORES





Giuseppe Arcimboldo, *Verano*, 1573. Kunsthistorisches Museum ©

PRESENTACIÓN

La literatura se gesta, casi siempre, en un espacio de completa intimidad y silencio. Sacarla de ahí para volverla pública constituye un acto de valentía difícil para cualquiera, pero aún más para quienes comienzan a hacerlo. En 2017, la *Revista de la Universidad de México* inauguró una comunidad, Jóvenes en la revista, para que los estudiantes se sintieran no solo incentivados a escribir sino acompañados y leídos por sus contemporáneos. Les pedimos textos cortos a sabiendas de que no es tan fácil ordenar las ideas y las emociones en un espacio reducido, y por eso admiramos la manera tan eficaz en la que algunos han sabido hacerlo. Mes con mes, aparecen en el blog poemas, crónicas, ensayos, minificciones y notas al vuelo sobre las cuestiones que abordamos en el dossier de cada número. Aunque todos estos textos surgieron de una invitación a escribir sobre un tema específico, no deja de sorprender la diversidad de sus enfoques. Siete años después, publicamos esta pequeña antología que recoge veinte textos del proyecto seleccionados por los miembros más activos de esta comunidad virtual.

Los textos que encontrarás aquí fueron escritos por personas de entre 15 y 29 años, originarios de diferentes estados de la República y de la Ciudad de México. En ellos es posible identificar los asuntos que preocupan a las nuevas generaciones, como la violencia, las desigualdades —económica, social y las vinculadas al género—, pero también las problemáticas relacionadas con el medio ambiente. Son, por lo general, textos sensibles, arrojados, que muestran sin reservas la vulnerabilidad de sus autores y no dejan al lector indiferente. Estamos convencidos de que varios de estos jóvenes seguirán publicando en nuestras páginas y que, con el tiempo, forjarán una carrera literaria. Es un gran placer poder publicar aquí sus primeras letras.

SCHIAPARELLI

EXTRA-TERRESTRE

Aarón Farid Negrete González

Los gritos eufóricos del vecino de abajo me despertaron. Son las cuatro de la madrugada y algunos pájaros comienzan a trinar como dando cuenta de que es un nuevo día. Ayer también lo fue y no sucedió nada extraordinario en esta Tierra.

Diario, desde que vivo en este cuarto de azotea, donde apenas cabe un catre, escucho el televisor de mi vecino como ruido de fondo. Dicen que vive solo, que su pareja lo dejó, que lo echaron de Telmex porque insistía en cambiar el material de los cables para ampliar el rango de transmisión y alcanzar las frecuencias que están fuera de la atmósfera, y de esa manera revolucionar las telecomunicaciones.

No lo sabe, pero hay un resquicio en su techo, que es mi piso. A través de él, en un ángulo de trescientos treinta grados, se ve una Sony Trinitron recubierta con papel aluminio, conectada a una especie de antena de cobre y a varios micrófonos provenientes de los teléfonos destartados a su alrededor.

En silencio, con el catre apoyado verticalmente contra la pared, me tumbo sobre el suelo, retiro las copias de *Auf zwei Planeten* de Kurd Laßwitz que sirven como tapadera del resquicio y lo miro. Se sostiene en cuclillas y sujeta con ambas manos el marco del televisor; le habla, se habla a sí mismo, se ríe, está demente.

Entonces, un instante antes de jalar aire por la boca, me doy cuenta de que no estoy respirando. Mis pupilas se contraen, mis sienes punzan; no me muevo, estoy paralizado. Todo se cubre de burbujas, todo se vuelve negro.

¿Hay alguien ahí? ¿Puedes entenderme? Mi nombre es Giovanni. La nieve en la pantalla desaparece y en su lugar se dibuja una silueta antropomorfa. Esta mira a mi vecino y asiente. En el televisor aparecen signos ilegibles que repentinamente toman forma: "En el pasado visitamos su planeta y aprendimos de ustedes. Pero algo sucedió, casi nos descubren. Tomamos cartas en el asunto y también lo haremos ahora".

Siento el rostro helado, tengo migraña, está oscuro, me asomo.

Allá abajo está vacío. **U**

REINOTA

VIOLENCIA

Adrián Noguez

Vio caer el abanico al suelo
pero decidió seguir bailando.
Paulina del Collado, *La virgen del Vogue*

i Te acuerdas de esa noche? Claro que te acuerdas, cómo no. Fue cuando ganaste el *pageant*, en contra de todo pronóstico. Estabas bien bonita, con tu lentejuela, tu perfume, tu peluca bien peinada y tus joyas de las buenas. Cuando me saludaste, antes de que empezara el concurso, de los nervios te temblaba el cuerpo. Me dijiste que ahora sí te habías montado bien macizo para que no se te fuera a ver aquello; yo nada más me reí.

Es que eras la nueva, por eso no te tenían fe; pero nuestros amigos sí te apoyaron. Me acuerdo de que hasta fueron los del equipo de americano; cada que salías al escenario gritaban como changos, a todos nos dio un buen de vergüenza. Lo malo fue cuando uno de ellos se *desconectó* acá mal plan, pero ni lo sacaron del antro; mejor corrieron al chavito que golpeó, el que según lo estaba acosando. Puro invento. Yo vi que nada más chocó contra él, y cómo no, si el lugar estaba abarrotado, igual que siempre.

Aun así, ellos te aplaudieron más y mejor que tu amiga esa que según te consideraba familia. Yo te dije que no me daba confianza que ella te llevara a tu casa porque la caché cuando te mal miró mientras te coronaban. Pero tú bien tranquila, que no me preocupara, dijiste. Hasta el día siguiente nos enteramos de que ni sabía en dónde estabas, la culebra, que te había dejado a la buena de Dios. Ya ni qué lamentar. En fin, te dejo. Me tengo que ir porque te van a hacer un homenaje en el *nightclub*, como le decías tú. Reinota, te juro que vamos a encontrar al imbécil que te mató. **U**

BULLICIO CALLEJERO

LA CALLE

Alejandro Gutiérrez Bacaricia

Los pichones vuelan alto pero no llegan lejos. Caminan sobre las aceras entre el tráfico de cientos de pies que van y vienen en todas direcciones, a distintas velocidades. Todas las mañanas me despierta el ritmo del tacón más ruidoso que marca el paso de los demás transeúntes. Por donde duermo suele pasar mucha gente. Es un buen lugar para pedir limosna o trabajar en los cruceros.

Hace tiempo conocí a un panameño que estaba de paso por la ciudad. Se había montado de trampita a un tren y tuvo la mala suerte de que lo asaltaran en el vagón donde viajaba. El tipo había trabajado en un circo e iba rumbo a los Estados Unidos a probar suerte en alguna constructora. Por el momento ganaba algunas monedas como tragafuegos. Durante un par de días lo acompañé a los semáforos para observar cómo lo hacía hasta que llegó mi turno de sostener la antorcha. Sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo al saber que el siguiente escupitajo no sería de agua, la sustancia con la que había estado practicando. Introduje a mi boca el extremo encendido de la antorcha. Escupí sin expulsar suficiente aire y el fuego alcanzó mi cara. Terminé en el hospital general con quemaduras de segundo y tercer grado en la lengua y en el paladar, en el mentón y en el cuello.

No supe más del panameño, pero el poco dinero que gané limpiando vidrios de coches ya no estaba en mis bolsillos.

Desde entonces he buscado alguna gracia que no tenga que ver con el fuego. Soy un buen malabarista, boleó zapatos, pero soy un pésimo payaso. Ni siquiera cargo con la gracia de Dios. Ojalá Él escuchara mis

súplicas y me bendijera con una chambita, o por lo menos con una des-
pensa a cambio de vender mi voto. A eso voy... yo no existo. No tengo
una identificación, no tengo papeles. Soy parte del paisaje de la gran
metrópoli y a menudo suelo camuflarme con los residuos de la calle.

Mi mundo y mi porvenir son de color gris. A primera hora del día mi
nariz aspira los humos negros que escupen los automóviles en su tra-
yecto y las motocicletas en su ruta de reparto. El dióxido de carbono es
mi perfume. Discúlpeme si los ofendí con mi olor; cerraron la llave de
paso en la fuente donde de vez en cuando tomo un baño. Mi ropa, mi
pañó, mi cobija y mis zapatos son las únicas cosas que cargo.

Ha pasado mucho tiempo desde que no duermo en un colchón; las
entradas de los edificios y los toldos de las tiendas, que poco me cubren
cuando llueve, se volvieron mis estancias temporales. A veces, cuando
estoy sentado suelo jugar con las piedritas que encuentro sobre el asfal-
to y recorro con los dedos las grietas que lo parten. Vivir en la intempe-
rie ha sido crudo y aún no me acostumbro, sobre todo porque, desde que
las bancas de autobús tienen tubos que las dividen, me resulta imposi-
ble recostarme sobre ellas. Me gusta dormir en las bancas de los par-
ques o debajo de los árboles durante el día. De noche es casi imposible
conciliar el sueño. A veces duermo con un ojo cerrado y el otro abierto
por temor a que alguien me lastime. Para pasar las noches busco cartón
y papel, me cobijo de pies a cabeza y me acuerdo de las orugas cuando
hacen sus capullos, con la única diferencia de que al despertar yo sigo
siendo un gusano. **U**



Sándor Bortnyik, *El siglo XX*, 1927. Museo Nacional Thyssen-Bornemisza

UN SUSTO Y TRES PINCHAZOS

VIOLENCIA

Angélica Saucedo Badillo

Me arruiné.
Me descompuse.
La mecánica orgánica (a medias funcional)
se deshizo en pedazos:
me disminuyó a carne infecciosa.

Días y termómetro en cuarenta.
Mis poros: tubos de escape.
Humo por los oídos y baños fríos.
*Qué labios tan rojos.
Más bonitos
nunca han estado.*

Lloro una paliza interna y sangrados que no veo.
Fugas, averías, venas hechas telaraña,
la tensión en las sienes:
cuánto defecto. En fin.
Qué mal funcionamiento.

Pinchazo 1

Tercer día: al reparador,
llamada a urgencias.
La antesala blanca, estéril,
huele a muerte limpia. Desinfectada.

*Cierra el puño.
El de la mano derecha (qué dorso inocente).
Respira. Cuenta hasta cinco y..*

Torrente sanguíneo de alimentación directa,
conectado a plasmas,
hierro refrigerado,
antibióticos pálidos
sin burbujas de coctel.

*Es normal el sabor metálico
en la boca,
¿verdad?*

Mi alivio es inferencia;
presión arterial
a la medida del desmayo.
El desorden sensorial afecta mi pecho
a una taquicardia del derrumbe.

Es igual a ATURDIMIENTO: glóbulos blancos perezosos,
hemoglobina a la mitad de su producción normal.

Triada: útero, ovarios, tiroides.
Dismenorrea hemorrágica mensual.
¿Tomas, fumas, te has embarazado?
Contesta con sinceridad.

*Doctor, (escucho tras la cortina izquierda),
llevo dos días, entiéndame, dos días entubado sin probar alimento.
Todavía no me dicen qué tengo en el estómago.*

Pinchazo 2

*¿Tú qué tienes?
¿Disculpe?
Tu diagnóstico.
No sé. Estoy esperando.
Está mal puesto el catéter. Préstame tu mano.*

Borbotones...
gotas
calientes.
Tres manchas
marrón rojizo
de mí
al suelo.

Pinchazo N

Biometrías hemáticas de rutina.
Cada ocho horas, cada seis horas.
Alterno brazos. Aprieto los dientes.

Mis venas son un circuito abierto,
un delta del Amazonas.
Jamás fui más líquida,
más blanda, más dócil.

Piquete N en grado 2

Tomografía con medio de contraste.
Mis órganos se hacen hermanos
del espinazo del pez.
Puede que sigan brillando
con un verde fantasmal,
después de que el yodo
pinte los tejidos de neón.

La cabina de tomografías
captura el espectáculo
de mis entrañas teñidas.
Las placas se interpretan
como el mapa estelar
de una constelación enferma.

*Tienes las dos venas hinchadas.
Pero si se rompe alguna,
no te preocupes:
te buscamos vena en el pie.*

Creo que no hay nada de ternura en la incisión —me gustaría
decirle al doctor—.
Los cortes se expanden
y con mi poca sangre

no puede haber cicatriz.
Qué impotencia.

Ser paciente me desespera.

Es por el sonido.
El sonido de la aguja en la piel
es de alta frecuencia,
capaz de romper tímpanos.

Puede ser leucemia.

*Incipiente. Tranquila. No te asustes.
Los jóvenes responden bien
al tratamiento de cáncer.*

*Procederemos quirúrgicamente.
Necesitamos un pedazo, nada más,
de tu médula ósea.*

*Se hará una pequeñísima
INCISIÓN
en el pecho, a tu esternón.
Te prometo, es muy rápido.
Firmen, por favor.
(El anestesiólogo se aparta
con anticipación.)*

Te vamos a arreglar.
A aceitar.
A encerarte los huesos
hasta que rechinen.
No te vayas a asustar.
Porque me mueves.
Y así no sirve.

*Pero qué defectuosa
viniste a salirnos.*

*No te muevas.
Haz el favor.*

Pinchazos penúltimos

A un día del alta,
un diagnóstico confuso,
arrancado de la mugre.

No sé qué significa *precaución*.
No sé qué significa *negligencia*.

*Firmen aquí. Cuarenta mil pesos y honorarios.
¡Que tengan buen día! Y que se reponga.*

*Mira, sin preocuparse tanto.
Cuánta suerte, cuánta...*

Solo fue la infección, el susto y tres pinchazos.

*Pasa con cuidado
por los detectores en centros comerciales.
Puedes activarlos
por radiación.*

CIBERSEXO

SEXO

Attis

Hace unos días, después de chupársela a un desconocido en su departamento, le pedí que me grabara mientras me venía de rodillas junto a la puerta de entrada. Ni siquiera intenté ocultármelo: quería jalármela viendo ese video al llegar a mi casa. Y así lo hice. En ningún momento apareció el hombre en la toma. El único indicio de su presencia era mi mirada fija en la cámara.

Cuando tenía trece años me masturbaba para extraños por videollamada y era igual. Ellos rara vez encendían sus cámaras y yo rara vez se los pedía. Lo que quería era verme. Verme siendo visto. A los quince años incluso llegué a mandar una foto desnudo y en cuatro a un blog BDSM, después de fermentar la idea un par de días en mis testículos hasta apen-dejar mi sentido común.

Por años me masturbé con ese recuerdo que, a fin de cuentas, solo me contenía a mí. Aunque en realidad no era yo el de la foto, como tampoco era yo en aquellas videollamadas, o en este nuevo video donde me venía junto a la puerta abierta del departamento de aquel hombre bajo la luz de la media tarde que acentuaba todo lo que aborrezco de mí: mis facciones toscas, mi barba cerrada, mi vello hirsuto cubriéndome entero cual jabalí.

Al entregarme a la mirada de estos hombres, mi cuerpo se convirtió en una experiencia estética independiente de mí. No me veía a mí mismo en la pantalla, sino a un hombre joven y barbón, de facciones varoniles y atractivas y cuerpo fornido y velludo como un rico oso. Me deseaba, y mi deseo me transportaba al otro lado de la cámara, junto a esos hombres. Solo así, volviéndome un fetiche, he sido capaz de tolerar un cuerpo que jamás ha sido mío. **U**

FRENTE AL YENISÉI

FUTURO

Clara González Navarrete

Cuando se mecen, en la época más calurosa del año, las aguas del río Yeniséi pueden engañarlo. Le traen recuerdos de una brisa fresca y juguetona que se place en chocar contra rostros alegres de niños y mayores. Por unos segundos, cuando el hombre aprieta bien los párpados, se siente otra vez en Managua.

No sabe bien si es la mezcla de sonidos dulces y rasposos, propios del lenguaje de los lugareños, o si es la presencia de un dolor renovado lo que lo obliga a despertar súbitamente. Regresa entonces aquí, a su ahora, a esta tierra que sigue tratándolo como extranjero.

Han pasado diez años desde que llegó a Rusia en febrero de 1987 (lo recuerda bien). Y si en aquel momento sintió que podía besar el suelo de la utopía, le bastó una semana para poner en duda los motivos que lo llevaron a las listas del Frente de Liberación Nacional. Por siete días —¿cómo pudo tardarse tanto?— creyó verdadera la misión de instruirse en la educación socialista con la esperanza de llevarla a su cálida Nicaragua.

Si cierta madrugada de severo invierno no la hubiera pasado bajo la piel de una hermosa *lady* (леди), la muerte lo habría encontrado enroscado en el rincón más oscuro del cuartucho que la alianza Frente-URSS había dispuesto para él, víctima de una falla “accidental” en el sistema térmico del departamento.

Movido por la incredulidad, buscó ayuda en ambos lados del mundo y no pudo hallar más que la certeza cruel de ser un exiliado. ¿Quién iba a imaginar que aquellos por los que habría dado la vida (una y mil veces) lo mandarían a morir tan lejos?

En tardes como esta, cuando el excombatiente Romero sueña con la tierra sandinista, no puede evitar un dejo de ironía. ¡Pobres! La podrida y ya diseminada Unión Soviética, el corrupto Frente, la guerrilla y sus exiliados; todos han caído en una vieja trampa: creer que hay un mañana que los justificará. Pero la ilusión del progreso hace que el presente parezca el momento oportuno para actuar, aunque no lo sea. Habrá que esperar a que llegue el verdadero comunismo (porque este fue solo un remedo), la transformación de partidos o la indulgencia de la amnistía. Según la lógica de ese proceso, se debe aplazar la acción inmediata a cambio de un mejor futuro. Si algo sabe hacer muy bien este sistema es perpetuar el estado de las cosas, congelar el tiempo y la memoria, así como se congelan las aguas del río Yeniséi en invierno. **U**



Bernard Sleight, Mapa imaginario, 1920 ©

TE AGRADEZCO, VIEJO AMIGO

DOLOR

Daniel Martínez del Campo

La adolescencia es un periodo caracterizado por la soberbia, el egocentrismo, la necedad, la rebeldía, el hermetismo, el silencio, la indiferencia y el desapego; el adolescente padece de un ensimismamiento irracional mientras goza la paciencia inagotable de sus padres y supone que no hay mayor sufrimiento que el suyo. El adiós del primer amor (alguna vez considerado eterno e irrepitable) se incrusta en los recuerdos como el veneno de una cascabel y pudre las pocas células sensatas, ocasionando una hemorragia pasional. El adolescente, cegado por su insuficiente aprendizaje, cree conocer el dolor.

Con el paso de los años, aquel capullo descubre que la congoja y el desconsuelo, difíciles de vencer, no fueron más que simples gotas de un mar que, por su inmensidad, es imposible navegar por completo y salir sano y salvo. Solo a través de las experiencias dosificadas llegamos a conocer la magnitud del verdadero dolor.

Vivir es sufrir: lo dicen el budismo, el empirismo y un servidor. El beso ajeno de aquella novia —ese que te despedazó el alma— en nada se compara con la muerte de la única persona que te vio crecer, que sostuvo tu mano cuando dabas tus primeros pasos y a quien, en reciprocidad, le sostuviste la suya cuando la osteoporosis amenazaba con destrozarse el fémur, el peroné y la tibia en una sola caída.

La arrogancia adolescente impide acercarse al mundo y a sus azares con claridad y lleva al primate inexperto a concluir falsedades y equívocos. El dolor es tan importante como la empatía, y ambos están irrevocablemente unidos, pues del primero nace la segunda: aquellos que tanto han llorado las soledades más penetrantes extienden, sin dudarlo, la mano al desfallecido y abrazan al doliente.

El desprecio adolescente imposibilita retratar de forma fidedigna la realidad, pero es el dolor —tremendo erudito— el que resarce las inconsciencias cometidas, brinda una segunda oportunidad y enseña a apreciar las maravillas que yacen dispersas entre cotidianidades e insignificancias. Es el dolor, él solito, quien se encarga de enseñarnos a amar la vida. **U**

¿QUIÉN ERA ESE TAL JAN Y?

ANIMALES

Diego Mapache

De las fértiles banquetas surgen muchas cosas: plantas, cascajo, botellas, postes, árboles o vagabundos. Así apareció, hace tres meses, un señor de más de cincuenta años, barbón, con la ropa sucia y una sonrisa en el rostro. Todo el día tenía una botella de Caña de Oro a su lado. Por las noches se enredaba en tres cobijas viejas para aguantar las lluvias y el frío.

—Aquí todos me dicen el Jany— respondía cuando le preguntabas su nombre.

El Jany era el más buen pedo de todos. Si pasabas con prisa te regalaba un saludo, si estaba fumando te ofrecía una calada, si bebía te obsequiaba un trago. Poco a poco lo fuimos queriendo todos. Las señoras le ofrecían comida y ropa. Los señores le daban dinero. Los jóvenes le corríamos vicio como tributo a su experiencia.

Se convirtió en una especie de refugio. Las personas acudían a él para ser escuchadas o cuando no veían soluciones a sus problemas. El Jany, desde su austera posición, te hacía entender que la vida no era tan mala y que podías ser feliz.

Un día apareció un anuncio en toda la colonia:

SE BUSCA

Nombre: JAN Y

Raza: Mestizo color negro

Edad: 12 años

Características: Dócil y amoroso

Información: Escapó de casa hace tres meses

Ayúdanos a encontrarlo

Tel. 5526879660

\$\$\$\$\$

El Jany desapareció de repente, como si hubiera huido o hubiera sido descubierto.

Nadie en el barrio quiso saber más del asunto. Se volvió tabú. A veces la falta de información asusta a las personas. Yo recordaré al Jany con mucho afecto. Sobre todo, extrañaré ese cariño suyo que no parecía humano. **U**

POLIRRÍTMICOS Y ARRÍTMICOS

RITMO

Diego Regalado Martínez

1

Sala Nezahualcóyotl. Tres opiniones:

“Pésimo servicio. Dijeron que iba a venir Morat y a la mera hora me dicen que no, que va a tocar un tal Mozart. Total, ni vino Morat ni Mozart.”

— Paola, 18 años

“Jenny, Martín y yo asistimos por nuestro punto extra. Grupo 549, ENP 8. Profesora: Laura Jiménez Guajardo.”

— José, 16 años

“El carnal que se sentó junto a mí estaba bien jetón. Andaba haciendo tarea de ingeniería en el concierto, y cada vez que se despertaba me decía: ‘¿dónde me dan mis pumapuntos?!’. Aparte, el güey entró con un café y me preguntaba a cada rato dónde podía comprar un Massimo Latte.”

— Mónica, 29 años

2

Mi abuelo me convenció de que hackeara su marcapasos para poder conectarlo a Spotify. Cuando escuché que puso a Stravinski ya era demasiado tarde.

UNIVERSIDAD PANAMERICANA
ESCUELA DE BELLAS ARTES

T E S I S

HERMENÉUTICA DEL REGUETÓN: DIALÉCTICA DEL *PERFORMANCE*
Y EL ANARCOPRIMITIVISMO

Resumen

Este artículo abarca las manifestaciones estético-sociales del reguetón puertorriqueño desde el neoestructuralismo y el deconstructivismo francoprusiano, buscando tender un puente entre la nueva escena del *performance* de América Latina y el anarquismo verde. Como motor metodológico se opta por la etnomusicología posbartokista y la fenomenología de Hegel.

Palabras clave

Hermenéutica, *flow*, *performance*, anarquismo.

Abstract

This article addresses the social-aesthetics manifestations of the Puerto Rican boomboom on the new-structuralism and the french non-construction, looking for a bridge between the new performance scene of Latin America and green anarchism. As methodological uh... drive shaft... we opt for ethnic music eh... next-bartokism and Hegel's phenomenology

Keywords

Hermeneutics take tarake take, performance, anarchism. **U**



Anónimo, decoraciones con plantas y animales, 1760-1799 ©

PATRIA YA NO FEMINISMOS

Dorali Abarca Gutiérrez

No soy de esa patria roja que se maquilla con guante blanco. No soy de ti, patria de unos cuantos, patria dividida, patria sin alma. Tú no eres de mí, no eres del campo, no eres de los rostros desmoronados.

Patria de ellos, patria para ellos. Los que te salvan día a día, los que te cantan y nos matan. Ya no quiero arrodillarme ante tus clavos cubiertos de pétalos. No necesito tu escudo recorriendo las calles, ignorando los restos.

Patria, no te extraño, no te añoro, no te ruego, no te suplico, no te conozco, no te comprendo, no te oigo.

Vivo por la Matria, que levanta.

Matria, la que lucha y resiste. Matria que libera, que abraza. Yo quiero esa Matria que cuestiona, esa Matria de la que hablan las mías.

Matria que me llama a gritar que hay guerra, que nos han saqueado; que me llama a gritar que ya no, que no vivimos, que nuestra tierra no vive, que las infancias no viven, que lxs pobres no viven, que la comunidad LGBTQ+ no vive.

Matria que naces de la tierra, en la esencia del barro germinas la vida que está enraizada en historias sepultadas, donde susurran los secretos de las sombras. Eres la voz de las palabras que se entrelazan con el pasado, el eco de las memorias.

Tú que tejes con los hilos de las que ya no temen revelar su verdad, una Matria que resurge de las profundidades, recordando a todos que la tierra y sus hijxs son una sola voz indomable.

YA NO ESCUCHO LAS CANCIONES EN EL *FIL* FUTURO

Hiram Islas

La mejor palabra para describir el estado de Washington es “improbable”. Improbable que cruzara un país y luego otro casi por completo, siguiendo la ruta de la fruta. Me sentía como Odiseo intentando volver a Ítaca, solo que el norte del gabacho era la mitad del camino, después faltaría bajar. Trabajábamos desde las once de la noche hasta las nueve de la mañana. La *blueberry* se cosecha de madrugada, pues a temperaturas altas la fruta se revienta entre los dedos.

Me gustaban los trayectos de casi hora y media para llegar al *fil*,¹ manejaba por caminos rurales en los que no podía ir a más de cincuenta y cinco millas por hora. Mi hermano iba en el asiento de junto; traía siempre unos audífonos y yo alcanzaba a escuchar la música de banda que salía de ellos. Un pseudointelectual al que le gritaban en el trabajo “¡Se nota que entraste con visa!” nos dijo una vez a la hora del lonche: “Son más interesantes las canciones de Calibre 50 que los documentales sobre migración”. Sabrá Dios si tenía razón.

Llegamos un poco tarde. La gente estaba afuera de los surcos: poco menos de mil personas formadas con cajas para recolectar la fruta orgánica y pequeñas lámparas en la cabeza. Los mayordomos intentaban calmar a la gente. El trabajo duraría un par de días: el resto de los bloques serían cosechados por máquinas que sacuden con fuerza las plantas y lastiman la fruta más madura; solo esa nos dejarían pisar.

La gente entró a los surcos y comenzó a trabajar; salían corriendo a pesar las cajas llenas de fruta y volvían con otras vacías. Lo que alguna vez fue un campo lleno de bocinas a todo volumen, gritos, risas y una que otra mentada de madre, ahora estaba sonorizado por los motores de las máquinas que apresuraban la labor de la gente, casi como en cuenta regresiva.

“Las máquinas son el futuro”, dijo el rancharo a uno de los mayordomos. Por desgracia, el futuro es a donde llegamos y no a donde queríamos ir. **U**

¹ “*Fil*” es la forma en que algunos trabajadores latinos pronunciamos “*field*”.

VISITA GUIADA POR EL MUSEO PERSONAL DEL DOLOR

DOLOR

Iván Ramírez López

PRIMERA SALA. COLECCIÓN PERSONAL

En un cuadro con molduras decapadas observarán la radiografía de mi brazo izquierdo. Noten la fisura: me la hice al caer de la bici mientras jugaba con mis primos a saltar el arroyo.

Aquí pueden ver las cinco puntadas en la ceja derecha. Nunca más pasé desprevenido cerca de un juego mecánico.

Estas son dos de mis cuatro muelas del juicio. Después de la extracción a manos de un dentista militar, preferí que el otro par se quedara en mi boca pese al dolor de su erupción.

La cicatriz en la barbilla es de cuando me golpearon en un juego de básquet. Sepan que me aguanté las ganas de llorar porque la chica que me gustaba estaba mirando.

Sobre este muro podrán ver colgada una serie temática de raspones, hematomas y quemaduras leves en la geografía de mi cuerpo.

Por último, mi rodilla, en una técnica mixta de molestias y achaques. Toda ella es una pieza dedicada a la dolencia y el desgaste.

SEGUNDA SALA. EXPOSICIÓN ITINERANTE

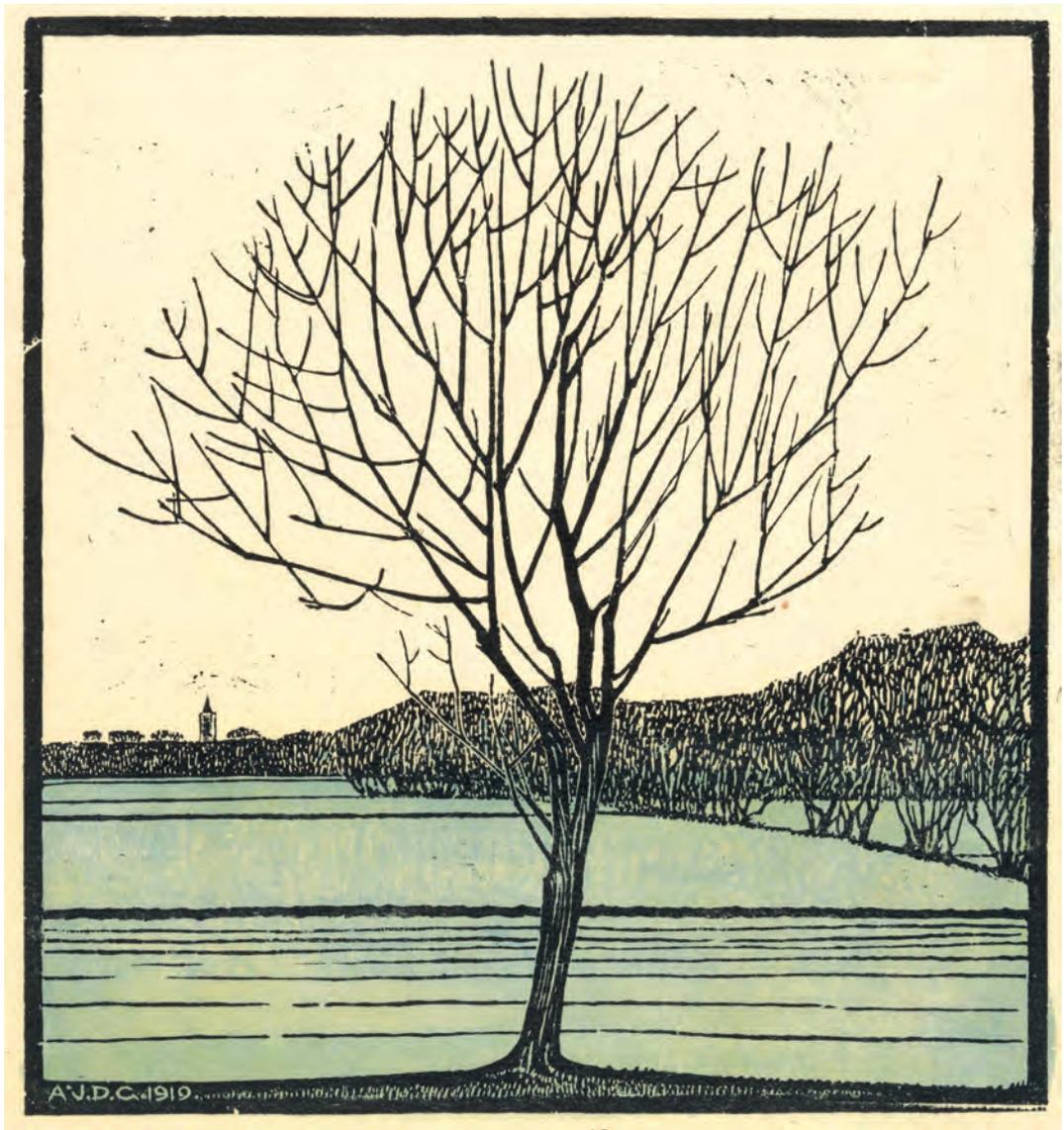
En medio de la sala hay una instalación que condensa elementos sensitivos en torno a la muerte de mi perro / la punzada que sentí en el costado de mi torso cuando descubrí que mi novia de la secundaria me engañó / las ausencias de quienes ya no están y el dolor sordo de extrañarlos / las veces que confundí el amor con cualquier otro sentimiento y las oportunidades desperdiciadas.

TERCERA SALA. PIEZA SONORA: *DOLORES EXISTENCIALES*

Un cuarto oscuro. El piso cruje. La habitación está a una temperatura de 5°C.

En medio de la negrura se reproduce el sonido de un edificio desmoronándose; después solo silencio.

Gracias por su visita. No olviden pasar a la tienda por un souvenir. **U**



Julie de Graag, *Auge*, 1919. Rijksmuseum

DESDE EL FUTURO AZUL

EMERGENCIA CLIMÁTICA

Oskar V. Ramírez

Los vivos fueron sepultados bajo lo que fueron nubes,
bajo tumbas líquidas en las que beben su propio veneno,
que dieron también a los peces y a las plantas
podridos, comidos y carcomidos por ellos.
No advirtieron las feroces visitas de los maremotos y las inundaciones.
Antes pudieron contemplar esa eternidad que ahora sienten
cuando miraron al niño azul creciendo
como si vieran una película perpetua.
Lo sintieron pacífico, pero por dentro
él se estaba incendiando.
Ya adolescente abarcó lugares insospechados
haciendo que la gente se apretara
cada vez más en menos tierra.
Acalorado, Azul se tapó con su cobija cubriendo islas y países
hasta que el ojo del universo miró un granito de arena
en el planeta mar —así nombrado justamente por nadie—
donde ya no cabía ni una hormiga,
y que el sol ya no encontró sentido en iluminar
salvo para divertir al joven de los ojos azules
ya que sus hermanas fueron olvidadas,
muertas de soledad y abandonadas
por sus hijos pingüinos y osos que volaban con alas de ángel
hacia el último pequeño barco de hielo que desaparecía rápidamente
a causa del fuego en el agua.
¿Dónde quedaron si solo eran del blanco puro de la nieve,
de las montañas congeladas donde solo eran?
En el futuro lejano, este imperio celeste
está colmado de desiertos sin niños ni pájaros jugando.
¿Cómo se llama el astro en ese tiempo?, ¿su nombre se evaporó con tanta agua?
Al adulto extinto nadie lo puede llorar, defender ni admirar:
al amigo de cualquiera, al amigo del tiempo, quien fue el tiempo mismo.

UNA HORA DE COMIDA

TRABAJO

Pablo Rodríguez

nos retorcemos
somos todos idénticos
triángulos revoloteando
su trabajo de colores
bajo el cielo
de las tres
de la tarde

mientras los esquites
hierven como siempre
salados
en su agua puerca

seguimos trabajando
aunque sean
las tres
de la tarde

una vez que permites
que te afiancen con cinta
como a un globo
de pepa pig
entonces nada
podrá sostenerte: de nuevo

ni los pájaros pueden
callar el pitido del señor
del tráfico: llora un niño
qué quiere
mi niño: quiere

que le compren
un volován: por favor
 cómprame
unos minutos en otra fila
un poco de sus risas
llenas del helado obeso
del ángel

el aceite
zambulléndose
en los churros:
 la melodía
 de las tres
 de la tarde

retumba el masticar
de unas papas fritas
el himno nacional
las trompetas
sus tambores
la banda de secundaria
trueno al ritmo de las bolitas
en los cigarrillos de nuestros padres

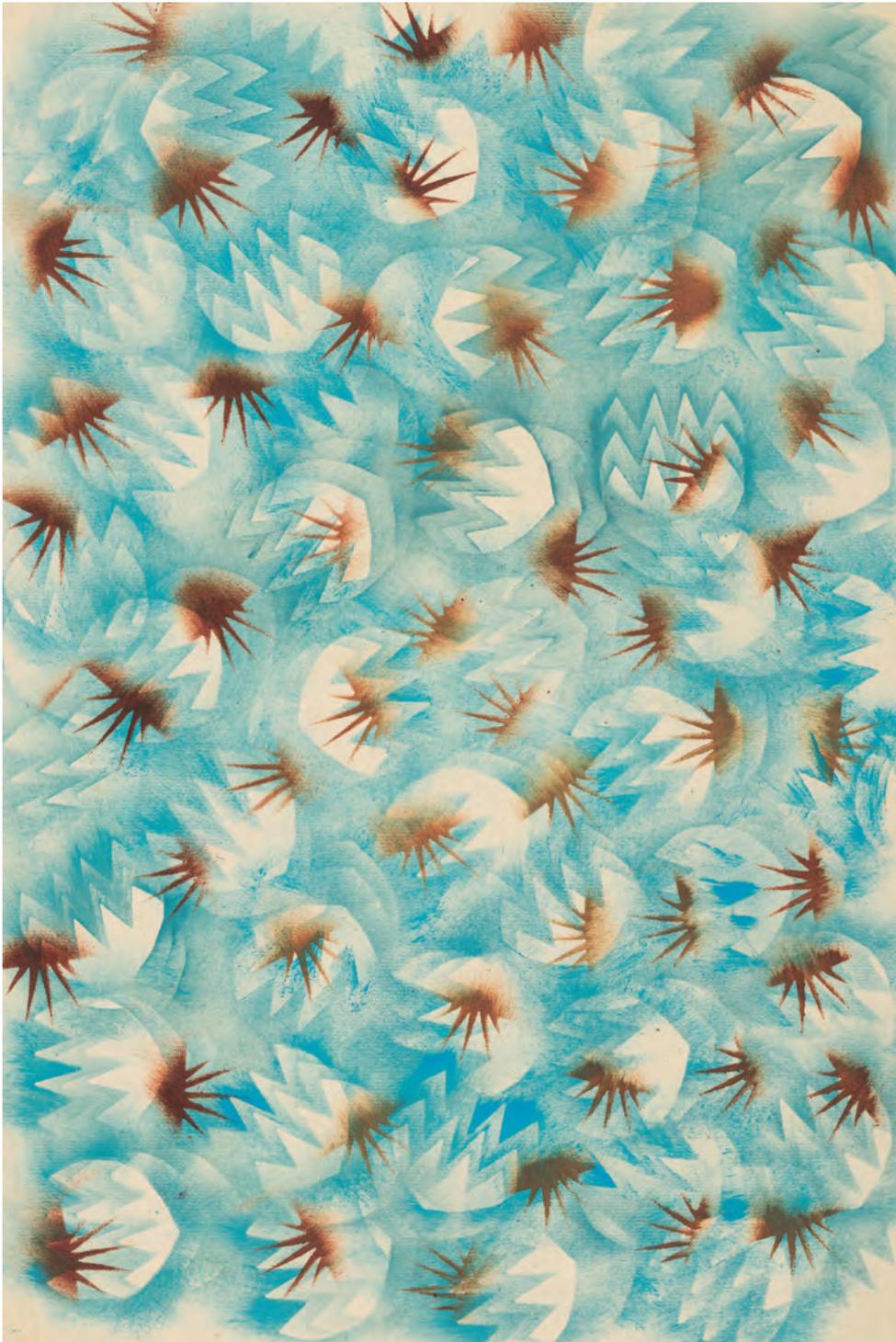
pero ellos
no pudieron
pero yo pensé
que podría
pero no puedo

con la camiseta
ya me puse
el banderín
 mira qué lindo
a las tres
 de la tarde

no hay tiempo
que a mi farol nadie lo prenda
mi huella es una bombilla
 blanca y rota
chispeando verde luz
junto a otras bombillas sudadas
 a las tres
 de la tarde

pero qué lindo es que volteen
aquí arriba
y digan qué bonito
adorno
qué bonita esta fiesta
patronal

pero nadie
desde hace mucho tiempo
oye nuestro llanto
cuando pasa el aire



Anónimo, esténcil con motivos azules y cafés, ca. 1950 ©

EL TRIUNFO DEL CIG Y LOS PUEBLOS INDÍGENAS

ABYA YALA

Rodolfo Munguía

El año pasado terminó otro sexenio y los procesos supuestamente democráticos se pusieron en marcha. El ganador de la contienda parecía muy claro desde el inicio y nadie representó una amenaza electoral para su propuesta. Los candidatos independientes no fueron más que una farsa mal orquestada. Para muchos, la única propuesta viable para la izquierda consciente, la del Concejo Indígena de Gobierno (CIG), se quedó en algo insustancial. Sin embargo, la candidatura de María de Jesús Patricio Martínez, vocera del Congreso Nacional Indígena (CNI), fue todo menos un fracaso.

El hecho de que Marichuy sea una mujer indígena representó una ruptura total con el modelo político del país. La propuesta del CNI destrozaba lo jerárquico de la política occidental y planteaba un sistema comunalista de representación más apegado a las raíces mesoamericanas. Como muestra de ello encontramos su configuración ética: obedecer y no mandar; representar y no suplantar; servir y no servirse; convencer y no vencer; bajar y no subir; proponer y no imponer; construir y no destruir. Todos estos principios revelan que el interés del CIG no era hacer una política convencional basada en el despojo y la avaricia, como hacen los malos gobiernos, sino una de colaboración e inclusión en donde las voces ignoradas tuvieran el espacio que les fue arrebatado.

Se podría pensar que la campaña de Marichuy fracasó, pero lo cierto es que sentarse en la silla presidencial habría sido su verdadera derrota. La organización comunal indígena trasciende toda relación vertical, por eso no cabe en las urnas de la política mexicana. La meta del CIG nunca fue alcanzar la presidencia, sino crear una organización que hiciera visibles los problemas que afectan a las minorías. Ningún esfuerzo es suficiente; por eso siguen las propuestas desde abajo y a la izquierda para que nunca más exista un México sin sus pueblos. **U**

DENTRO DE MÍ ARDEN VARIOS FUEGOS

EL DOBLE

Sandra Dolores Gómez-Amador

En la segunda mitad del siglo pasado, Louise Glück escribió un poema corto sobre su amante: un hombre que se rasura frente al espejo. Mientras él rasga su carne “desdeñosamente y sin titubeos”, ella lo observa y también a su reflejo. Dos de él. Uno que existe en la realidad y otro que es mera fantasía. Uno que sin temor alguno sostiene una navaja afilada en la mano; otro que, angustiado, se rasura “como un ciego”. De repente, el amante se da media vuelta y Glück concluye diciéndole que es “un hombre herido, no/ el reflejo que deseo”. El medio hombre, uno de los dobles, no era más que una imagen temporal en el cristal.

Por su lado, Gabriela Cantú escribió que somos material peligroso, que ciertas cosas solo deben verse durante unos segundos porque “de otra manera se arriesga demasiado” (*Material peligroso*, 2015). Existe el riesgo de descubrir que del otro lado del espejo se esconde un doble que no es real. Sin embargo, en otro punto del poema, la autora mexicana establece que “[e]l otro eres tú. Tú cuando te alejas y/ te observas extraño, tú cuando no reconoces tu/ propio cuerpo”. Cantú termina reconociendo que esta sensación solo es temporal: un fantasma que aparece y desaparece dependiendo de la luz que entre por la ventana.

Yo, como ambas escritoras, estoy a la mitad: no sé si soy el reflejo o la persona frente a él; si soy el hogar abandonado que se observa al fondo o el cuerpo inerte que sostiene la mirada medio vacía. Estoy ahí, en la orilla, en el borde. A la mitad. Entre *fuiste* y *eres*. Entre *serás* y *jamás*. En mi reflejo viven todas esas yos. Las yos que fui y seré, las que nunca fueron y las que estuvieron a punto de ser. Dentro de mí arden varios fuegos: algunos nacen extintos y otros son llamarada. Dentro de mí arden fuegos de varias fraguas. Soy la doble y no. Soy nosotras dos. **U**

ENMICELIADOS: NOTAS SOBRE HONGOS

HONGOS

Sofía Beltrán Hoyos

P: ¿Puedo seguir comiendo la pieza de comida si le quito el pedazo que tiene hongo?

R: No es recomendable consumir alimentos con hongo aún si se retira la parte enmohecida, ya que el hongo no está solo en la parte que se ve. Muchas especies producen micotoxinas indetectables pero presentes.

Los seres humanos buscamos la materialidad de las cosas para verificar si están ahí o no. Sabemos que la persona con la que quedamos de vernos está en el lugar porque la vemos aparecer por la puerta. Tal vez recibimos un mensaje y podemos anticipar su llegada, tal vez vemos primero la esquina de esa chaqueta que tan bien conocemos y adivinamos su presencia, pero solo hasta que la vemos de frente tenemos la seguridad de que la persona está. El caso del hongo es radicalmente distinto: está ahí mucho antes de que lo podamos distinguir. El que se deje percibir casi parece cumplir con nuestro capricho de validación visual: podría seguir extendiéndose, infinitamente, ingobernable, sin que nuestros ojos lo perciban. Los hongos se mueven en niveles demasiado microscópicos, subterráneos o internos para la limitada percepción humana del mundo.

¿Qué está sin estar hasta que está? Y cuando está, ¿está tanto que es imposible negar su presencia?

Me encuentro en múltiples mundos al mismo tiempo, sobre todo en el que existe dentro de mí, tan privado e inaccesible, tan diferente de la ligereza que veo en los rostros ajenos, y me siento sola y desamparada en una experiencia profundamente compleja. Después, en el metro, encuentro un rostro idéntico al que hago en los momentos de más violenta angustia; me veo en la pausa que alguien hace a media calle porque le pega el sol; recuesto la cabeza en el hombro de mi mamá: recuerdo que no estamos solo en la parte que se ve. Que, aunque no lo veamos, ese micelio infinito que nos recorre hace que resuene en mí la emoción del mundo, y en el mundo la mía. Nuestra interconectividad está sin estar casi siempre, pero cuando está es tanta que nos es imposible negarla. **U**

ALLÁ EN IZTAPALAPA CAYÓ UN CHORRITO

AGUA

Yutzin Gómez

Me bastó tener siete años y vivir en Iztapalapa para entender que el agua es un privilegio de clase. A esa edad mis tías ya me habían enseñado bien los horarios en los que debía abrir las llaves para que saliera el chorrillo de agua y así llenar la pileta y muchas cubetas. Entre las ocho de la mañana y la una de la tarde debíamos estar atentas para que la cisterna pudiera llenarse. Mientras tanto, lavábamos un poco de ropa, el patio o lo que alcanzara; sabíamos que el resto del día la llave estaría seca.

Entre todo lo que te enseña vivir en Iztapalapa, la relación con el agua es una lección que se queda contigo para siempre. Hoy, después de quince años y viviendo en otra alcaldía, me sigue sorprendiendo que haya gente en la Ciudad de México que abre sus grifos con seguridad, porque yo y otros nueve millones de habitantes nunca compartimos esa certeza. Las pipas de la delegación no son completamente gratuitas. Los vecinos teníamos que juntar entre todos suficiente dinero para darle propina al chofer; así lo convencíamos de darnos un poquito más de agua. Crecí sabiendo que las pipas, en épocas de cortes al sistema de agua potable, podían ser secuestradas. Sí, secuestradas. La gente se montaba en ellas para desviarlas de su destino original y llevarlas hasta su colonia.

Antes de terminar la primaria, ya cuidaba el agua por miedo a perderla en el futuro. Para nosotros, era un recurso limitado. Nunca tomé clases de ecologismo, pero construir mi vida en la periferia de la ciudad me ha enseñado más. Mi interés en conservar el agua proviene de mi propia necesidad.

Con el paso de los años entendí que vivir en Iztapalapa te hace parte de la resistencia, que el privilegio se sostiene en la desigualdad y en la estratificación social, que las personas que residen en colonias privilegiadas pueden negar mi realidad porque, aunque mi experiencia sea verdadera, no las atraviesa. **U**

HACER LLOVER

AGUA

Yuyultzin Pérez Apango

“**I** Logré hacer que llueva con mi música!, ¡toqué en la cima del Postectli!”¹ grité. Mi propia voz me despertó y entendí que se trataba de un sueño. De mis ojos brotaron tres lágrimas, las únicas gotas de agua que había visto en varios días.

Mi nombre es María Achupil. Algunos dicen que me la vivo soñando; yo creo que, más bien, tengo el poder de ir y venir entre diferentes mundos. Tengo treinta y siete soles andados y ninguna semilla, ningún chamaco porque se los prometí a las Antiguas a cambio de recibir el don de la música para atraer la lluvia.

Mi Tata me dijo que mi madre nunca quiso tocar en el cerro —nadie supo la razón—, así que desde niña él se dedicó a enseñarme las primeras vueltas del violín para que yo tocara los *xochisones*² en las rogativas que se hacen en lo alto del cerro. Desde que agarré el violín de mi mamá, la música se me reveló entre sueños.

Mi Tata comenzó a llevarme a las ceremonias. Al poco tiempo, la gente de toda la zona me conocía; se admiraban de que siendo tan jovencita la lluvia me hiciera caso y respondiera a mi música. Cuando mi Tata faltó aquí en la tierra, me junté con los músicos que toda la vida tocaron con él, don Hilario y don Juan. Ellos me impidieron tocar en el cerro. Decían que no estaba curada para ser *tlatzontzonkeh*,³ que las Antiguas no me habían dado permiso. Yo les insistía en que se me habían revelado los sonos para mover las nubes y hacer que el agua bajara, y me mandaban a la cocina para que ayudara a las señoras con la comida de la ofrenda. Cuando volvía al altar donde tocaban, ordenaban que me fuera y me recordaban que me faltan las fuerzas para llamar a la lluvia, que los hombres sí tienen, porque las mujeres le entregan su sangre a la luna. Ni por saberme todos los sonos pude cumplir con mi trabajo.

Dejé de tocar en el cerro y también en mi casa. Mi corazón estaba muy triste. Mi cuerpo se secó y con él, mi pueblo. Los arroyos dejaron de te-

¹ Cerro sagrado de los nahuas en la Huasteca veracruzana.

² Música de flor.

³ Músico de cuerda.

ner agua y el *ameyulli*⁴ se marchitó. Los que subían al cerro no conseguían hacer que lloviera y la gente estaba desesperada. Yo tampoco descansaba, me la pasaba soñando. En algunos sueños mi mamá y mi Tata me decían que fuera al cerro a tocar; otros sueños me repetían que no tenía fuerzas para hacerlo.

Los vi pasar por mi casa y los seguí: todos los del pueblo estaban subiendo al cerro para rogar por lluvia. Allá arriba le dije a Apanchaneh⁵ que en verdad la necesitábamos, porque ya habían pasado varios meses desde que había estado con nosotros y no nos mandaba agüita. Me respondió que esa era nuestra lección. "Ya compadécete de nosotros. Nos vamos a morir, ni agua del tubo tenemos. Le abrimos y ni una gota."

Me contestó que si quería lluvia debía tocar música. Pedí un violín y la obedecí. Hilario y Juan no quisieron seguirme. Apanchaneh se enmuinó más, pero ni así quisieron acompañarme. Seguí rogándole y al fin comenzó a ventear. Entonces los músicos hicieron sonar sus instrumentos. Ellos iban por su lado, sin seguir mi melodía. Yo seguí interpretando los xochisones que las Antiguas me iban dictando.

Al poco rato se puso la nubería, pero no llovió. Se vino el bochorno. Hilario me arrebató el violín y terminó el son. Todos se rieron de mí. Mientras recuperaba el violín, el primer trueno retumbó en un árbol. Entonces sí se acoplaron al son que yo tocaba. Ya cuando bajamos del cerro y llegamos al pueblo, que se arranca el aguacero. Unos corrimos a bañarnos; otros sacaron botes para recolectar un poco de lluvia; algunos abrieron la boca para beber hasta sentirse panzones. La tierra se dejó traspasar por el agua como si nunca hubiera sabido qué se siente tenerla en sus entrañas. U

⁴ El manantial, donde brota el agua.

⁵ La Sirena.



Hendrick Goltzius, *Mono encadenado sentado*, ca. 1600. Rijksmuseum ©

MANOS DE ELEFANTE

RACISMO

Zaidee Morlán

La primera vez que escuché sobre las manos de elefante fue en la pubertad. Una amiga traía en su mochila un barniz rosa Barbie y quería pintarnos las uñas a otras amigas y a mí. Todas estábamos felices viendo cómo lucía el color en cada una hasta que llegó mi turno:

—¡Tienes las manos muy feas!

Nunca había puesto atención a ese detalle, para mí era normal tenerlas así. Mi mamá y mi abuela trabajaban mucho lavando ropa ajena y a mí me tocaba ayudar. Lo hacíamos a cielo abierto, sin lavadora. Mi abuela se sentía orgullosa de mí porque trabajaba muy duro y solía ser muy obediente:

—A ella dale otra carga. Deja que su hermana se vaya, no aguanta nada. Mira cómo se pone roja-roja con el sol, se va a desmayar. Tú sí aguantas —me decía—, porque estás morenita y los morenos somos buenos para las friegas. Además, las prietas nunca se arrugan.

No me gustó el tono de mi amiga cuando me dijo que mis manos eran feas. Tampoco me gustó que me las tocara y me señalara dónde las tenía más cuarteadas, callosas y reseca:

—Tus manos se parecen a las de una señora grande.

Guardé silencio... Miré a mis amigas con detenimiento: eran más blancas que yo, más altas; me di cuenta de que sus cosas eran más bonitas que las mías. Sentí que me juzgaban con la mirada: reconocí el desprecio de las personas que nos daban su ropa para lavar. Me embargó la misma incómoda sensación de no querer verlas a los ojos y agachar la cabeza. Además, me hice consciente de que todo el tiempo me ardía la piel.

—¡Déjame! ¡Al menos yo nunca me voy a arrugar!

Le arrebaté el barniz y lo estrellé contra la pared del salón.

—¿De qué hablas, tonta? Me vas a pagar mi barniz nuevo o hago que te encierren en una jaula y te lleven al circo. Manos de elefante sucia.

Mis amigas y quienes la escucharon estallaron a carcajadas.

Me suspendieron una semana y, como parte del castigo, al volver, tendría que recoger la basura del patio después del recreo. Mandaron llamar a mi mamá y, cuando salió de la oficina de la trabajadora social, me agarró las manos, las miró y solo dijo:

—Ya vámonos. **U**

NUESTROS AUTORES

Aarón Farid Negrete González

(1996) estudió letras alemanas y trabaja como lector editorial. Vive en la Ciudad de México.

Adrián Noguez

(Ciudad de México, 1999) estudió ciencias de la comunicación en la UNAM. Ha colaborado con textos y gráfica en *Punto de Partida*, el blog de la *Revista de la Universidad de México* y ¡Goooya!

Alejandro Gutiérrez Bacaricia

(1993) estudió desarrollo e innovación empresarial. Se desempeña como analista de nómina. Vive en Hermosillo, Sonora.

Angélica Saucedo Badillo

(2000) estudia letras hispánicas en la UNAM y se dedica a escribir contenido publicitario. Vive en la Ciudad de México.

Attis

(1995) estudió lenguas modernas y vive en Sonora, México.

Clara González Navarrete

(1990) estudió filosofía. Le encanta contar historias. Vive en el Estado de México.

Daniel Martínez del Campo

(1994) es periodista de profesión, nació en la Ciudad de México y desde pequeño encontró refugio en las letras.

Diego Mapache

(1999) estudió algunos semestres de filosofía. Trabaja como periodista y editor en el fanzine *Saca la Lengua*. Vive en Tezonco, Ciudad de México.

Diego Regalado Martínez

(1999) ha colaborado en *Punto de Partida*, *Ágora* y *Fábula*. Estudia lengua y literaturas hispánicas. Vive en la Ciudad de México.

Dorali Abarca Gutiérrez

(2000) es licenciada en psicología e investigadora social. Originaria de Paracho, Michoacán, y radica en Morelia.

Hiram Islas

(1994) nació en Nopaltepec, Estado de México. Estudió filosofía en la UNAM y cinematografía en la ESCINE.

Iván Ramírez López

(1990) es escritor y psicólogo. Coordina el Chayo Traspatio Cultural, en Oaxaca.

Oskar V. Ramírez

(1997) estudió literatura dramática y teatro, se dedica a ello y a la poesía, aunque todavía no obtiene fama sana. Vive en la Ciudad de México.

Pablo Rodríguez

(1997) estudió letras y trabaja como gestor cultural. Escribe poesía. Vive en Xalapa, Veracruz.

Rodolfo Munguía

(1999) es antropólogo social egresado de la UNAM. Escribe, edita e investiga. Vive en la Ciudad de México.

Sandra Dolores Gómez-Amador

(1999) estudió letras inglesas en la UNAM. Actualmente hace una maestría en escritura creativa en la Universidad de Tennessee.

Sofía Beltrán Hoyos

(2000) estudió literatura. Se dedica a la escritura y a la investigación académica. Vive en la Ciudad de México.

Yutzin Gómez

(1996) es maestra en historia del arte indígena e internacionalista. Trabaja como gestora gubernamental. Vive en la Ciudad de México.

Yuyultzin Pérez Apango

(1992) es música tradicional e historiadora especializada en estudios mesoamericanos. Vive en la Huasteca veracruzana.

Zaidee Morlán

(1990) es egresada de la UNAM, artista escénica y activista antirracista. Vive en el Estado de México.

